

unánime y la comunidad del triunfo? Modera la caridad las quejas que podría engendrar el celo, y la esperanza de su vuelta dulcifica la aspereza de las reconvenciones que pensáramos dirigirles. Miembros enfermos y siempre queridos, si denigran actualmente el cuerpo de que se han segregado, recordemos que hubo un tiempo en que estaban á él íntimamente unidos.» (14)

Joviano jamás se apartó de esta moderación; restituyó sus inmunidades á las iglesias, al clero, á las viudas, á las vírgenes sagradas, respecto de las cuales prohibió usar de violencia y de seducción para arrastrarlas al matrimonio, y llamó á los obispos desterrados; pero no persiguió á los ídólatras, y aún cuando vedara la magia y las demás supersticiones, dejó libre el ejercicio del politeísmo. De esto le alaba Temistio en un panegírico de que copiamos un pasaje, que se roza con una de las cuestiones más árdidas de la política y de la filosofía. «Tu excesivo celo y tu amor á los hombres se manifestaron primeramente en el cuidado que empleaste en restablecer la religión. Sólo tú comprendes que los monarcas no pueden siempre coartar la voluntad de sus súbditos, que ciertas cosas se substraen á la autoridad y á la fuerza sin temer las órdenes ni las amenazas. De este número es la virtud, y especialmente la piedad respecto de la religión y de los dioses. A fin de que no degeneren en simples apariencias conviene que el príncipe deje seguir á cada cual el impulso voluntario de su alma. Si no puedes hacer por medio de una ley que te ame alguno á pesar suyo, con menos razón podrás todavía hacerlo pío y religioso. El que tiembla ante los decretos de los hombres se somete á una necesidad pasajera, y el débil temor que un tiempo ha producido, otro tiempo lo borra. Seguramente es un crimen no rendir culto á Dios; pero no cedemos al influjo del poder, y más movibles en nuestros cambios que las ondas del Euripo, nos mostramos en los templos, al pie de los altares y en los banquetes sagrados. No procedes tú de este modo, emperador divino, sino que como jefe actual y perpétuo del imperio has declarado libres por una ley las cosas religiosas y concernientes al culto de la divinidad (15); siguien-

(14) *Primer discurso contra Juliano.*

(15) Esta ley no se encuentra en el Código Teodosiano,

do en esto el ejemplo de Dios que al dar á los hombres todos una inclinación natural á la religión, deja á la voluntad de cada cual el modo de honrarla. El que quiere hacer intervenir la fuerza roba un derecho otorgado por Dios mismo. Apenas duraron tanto como ellos las leyes de Cheops y de Cambises; la sanción de Dios y la tuya serán eternas y permitirán á cada cual elegir la senda que le convenga para llegar á la piedad. Ni las confiscaciones, ni los suplicios, ni el fuego han podido destruir este derecho, porque nuestros cuerpos están en tu poder y tú puedes matarlos, pero nuestras almas volarán fuera, llevando su conciencia libre, cualquiera que sea la confesión que se haya arrancado de nuestros labios. Semejante ley no es de menor peso que el tratado con los persas: éste nos hace vivir en paz con los bárbaros; aquél sin disturbios y disensiones entre nosotros.» (16)

Aplaudir la tolerancia es propiedad de los débiles; pero es el hecho que los gentiles nunca se manifestaron dispuestos á morir por sus creencias. A mayor abundamiento estas palabras desmienten las persecuciones atribuidas por algunos á Joviano. Rodeado de obispos de las diferentes sectas, porque cada uno manifestaba anhelo en convertirle á la suya, se declaró por los católicos, tributando honor á Atanasio, que habiendo cumplido ya setenta años, salió de su retiro para volver á ocupar su sede. Corrió en busca del emperador, á quien afirmó en la fe verdadera, y le predijo un largo reinado.

**Muerte de Joviano.**—Pero no debía ser profeta. Aunque las tropas se hallaban fatigadas por haber recorrido en siete meses un camino desastroso de mil quinientas millas, quiso Joviano ir á toda prisa á Constantinopla, á fin de prevenir la tentativa de todo competidor al imperio; pero apenas fue reconocido por soberano, murió en una noche (15 de febrero de 364), de intemperancia, según unos, de asfixia, al decir de otros, y por traición, según algunos, después de haber reinado siete meses y veinte días.

pero está atestiguada aquí de una manera demasiado absoluta. No han hablado de ella los escritores eclesiásticos, así como Temistio pasa aquí en silencio el restablecimiento del cristianismo.

(16) TEMISTIO, *Orat. V.*

## CAPÍTULO IX

### VALENTINIANO Y VALENTE

**Valentiniano.**—Diez días estuvo vacante el imperio. Por último, llegado el ejército á Nicea, y habiendo rehusado Salustio por segunda vez el poder soberano, se le confirieron los jefes á Flavio Valentiniano, panonio de grande habilidad, valiente y de gallarda apostura, cualidades necesarias para un jefe electivo. Soldado desde sus primeros años, había adquirido su cuerpo robustez en los ejercicios militares y á beneficio de la templanza, pero había descuidado cultivar su talento, aunque se hallaba dotado de natural elocuencia. Cierta día que Juliano entraba en un templo, el sacerdote que asperjaba con agua lustral á los asistentes, echó algunas gotas en el manto de Valentiniano: este dió un bofetón al ídólatra y tiró al suelo la tela cual si estuviera profanada. Habiéndole mandado entonces el emperador que sacrificara ó presentara su renuncia, no titubeó, y el emperador le confinó á la Tebaida bajo un falso pretexto; pero muy en breve le volvió á su gracia y le dió un mando ventajoso en la expedición contra Persia. A su regreso de esta campaña se encontró llamado al imperio, sin haberlo ambicionado ni solicitado en el curso de los cuarentitres años que había cumplido.

No debemos descuidar aquí dos observaciones; es la primera que Joviano y Valentiniano fueron elegidos, no ya por todo el ejército, sino solo por los jefes, quienes los presentaron á las tropas para que fueran proclamados. Con efecto, no componiéndose el ejército más que de bárbaros, mercenarios y de aventureros, poco le importaba á quien se adjudicaba el imperio; y de este modo se introdujo la intriga en las elecciones. Es relativa la segunda observación á la perfidia que veremos introducirse en las estipulaciones de todas clases, dejando á un lado hasta la máscara de la legalidad antigua, lo cual conviene atribuir en parte al carácter de los bárbaros con quienes había que pe-

lear, y en parte también á la depravación política del Estado, síntoma y causa de su final decadencia.

**Valente.**—Así como la inauguración de Joviano no fué hecha antes de que las víctimas hubieran sido quemadas, se diferió la de Valentiniano hasta que pasó el día bisextil considerado com nefasto (25 de febrero 364), luego fué proclamado con satisfacción general. Sin embargo, como se conocía la necesidad de tener dos jefes para gobernar en tan vasto territorio, pidió el ejército que el emperador se escogiera un colega. *Si piensas en ti solo*, le dijo un oficial valiente, *elige á tu hermano; si piensas en la patria elige á alguno que sea digno de ello*. Valentiniano no se enojó por el consejo, pero dió el título de agosto á su hermano Valente, de edad de treintiseis años, hombre débil y tímido, que no tenía más mérito que el cariño que profesaba á su hermano.

Repartieronse ambos emperadores las provincias en Naiso. El más joven tuvo las prefecturas de Oriente, el otro las de la Iliria, de la Italia, de las Galias, es decir, todo el territorio que se dilata entre los confines de la Grecia, el muro Caledonio y el monte Atlas. Conservóse la organización antigua, solo que hubo dos guardias y dos cortes, una en Milán y otra en Constantinopla.

Al principio se ocupó Valentiniano de las reformas que en administración debían hacerse, invitando á todos á que alegaran sus quejas. Llegáronle en tropel contra los ministros que habían abusado de la credulidad y de la superstición de Juliano; y Máximo y otros expiaron sus desafueros con multas y suplicios.

**Rebelión de Procopio.**—En el discurso que dirigió Valente al Senado de Constantinopla se extendió mucho acerca de la ventura de los súbditos en ser gobernados por príncipes educados lejos del

fausto y de las lisonjas, en medio de privaciones y de peligros; diciendo que es más funesto para un Estado hallarse á merced de delatores que verse invadido por los bárbaros (1). Pero si tenía intención de poner en práctica tan excelentes frases, se lo impidió una conjura. El cilicio Procopio, tribuno ó notario de Juliano, había sido designado por el ejército como digno de sucederle: y Joviano le había alejado, encargándole acompañar los despojos del emperador difunto y tributarle los honores fúnebres. Su pronta obediencia había apartado de él toda sospecha, y vivía como simple particular en la Capadocia, cuando los dos nuevos emperadores enviaron emisarios para prenderle. Apelo á la fuga, y habiendo llegado al país del Bósforo permaneció allí oculto hasta el momento en que, cansado de vivir en aquellos continuos temores, resolvió apoderarse del trono (365). Sin que nadie lo supiera entró en Constantinopla: solo un eunuco y un senador estaban en el secreto: el descontento que excitaban en el pueblo el débil y tosco Valente y la codicia del patricio Petronio, su suegro, que hablaba en alta voz de cobrar los impuestos atrasados desde Aureliano, le brindó un motivo de esperanza. En memoria de Juliano, su deudo, se mostraron favorables á Procopio los soldados que llegaban á la sazón de las Galias, para marchar contra los persas, de nuevo amenazadores; en breve le proclamaron agosto (28 de septiembre), y le llevaron con armas al tribunal, al Senado, al palacio.

El pueblo de Constantinopla, que no estaba acostumbrado á las sediciones, guardó un silencio que hubiera debido desanimar á Procopio, si no se hubiera encontrado bastante fuerte en el primer momento para sostenerse. Poco después las lisonjas, la imitación, la venganza, la novedad, hicieron que la muchedumbre se pusiera de su lado. Inmediatamente se declararon en su favor los godos auxiliares: fueron sometidas la Bitinia, el Asia, Cízico: se pasaron á sus banderas las temibles legiones de los hérulos y de los jovianos enviados para anonadarle. Fué nombrado procónsul el persa Hormisdas: Faustina, viuda de Constancio, se puso con su hija en manos del usurpador y santificó su causa á los ojos de todos los que profesaban tanta veneración á la raza de Constantino como desdén al panonio obscuro.

Espantado Valente pensaba en deponer la púrpura, pero sus oficiales le disuadieron de ello, y se concilió desde luego los ánimos volviendo á Sultio la prefectura de Oriente. Sostenido después por los veteranos, redujo muy pronto á la nada la prosperidad efímera de Procopio, que, vencido en dos batallas, en la Frigia saludable, fué preso por traición y decapitado (27 de mayo).

(1) Nos informa de ello Temistio en el discurso que le dedicaron en respuesta y que se titula: *Los hermanos amigos*, φιλάδελφα, pág. 71, edición de 1686.

Esta rebeldía fue ocasión de muchas persecuciones criminales (2): produjo también gran número de ellas la magia, contra la cual habían proclamado los dos emperadores severas leyes. Aun consultándolos siempre habían aborrecido los romanos á los magos y á los hechiceros, persuadidos de que podían perturbar el orden de los elementos, inspirar amor y odio, adivinar lo venidero, y consumir lentamente la existencia: su habilidad consistía especialmente en el arte de proporcionar abortos y de preparar venenos. Había debido aumentarse la confianza en los adivinos, puesto que por una parte, habiéndose hecho electivo el imperio, resultaba que muchos se mecían en la esperanza de alcanzarlo, y por consiguiente el afán de interrogar al porvenir sobre sus esperanzas; por otra, habían ingertado los filósofos sobre las creencias nacionales las de la Persia y las doctrinas teúrgicas de los neoplatónicos. En Antioquia dos adivinos habían consultado á la suerte para averiguar quién sucedería á Valente en el imperio. Hicieron un trípode con ramas de laurel á imitación del de Delfos y consagrado por medio de los encantamientos: pusieron encima una palangana compuesta de muchos metales, en cuyos bordes estaban grabadas las veinticuatro letras del alfabeto griego. Luego hicieron que se acercara allí un hombre vestido y calzado de lana y coronado con cintas y verbena: éste, después de las invocaciones necesarias, colgó de un hilo extremadamente delgado un anillo, que, saltando sobre la palangana, tocó las cuatro letras TEOD.

Informado Valente de esta indicación supersticiosa, condenó á muerte á muchas personas del nombre de Teodoro, Teodosio, Teodoto, Teódulo, y otros de nombre semejante; y además hubo muchos individuos acusados por causa de encantamiento, entre los cuales se hallaba Máximo, consejero de Juliano, y fueron consumidas por la llamas montañas de libros. Una vez dirigida la inquisición por este punto, se vieron los tribunales atestados de denuncias, las cárceles de acusados, de los cuales muy pocos eran absueltos, y la mayor parte

(2) Pretenden los historiadores que fueron exterminados todos los amigos de Procopio. Temistio en su panegírico περί τῶν ἡτυχηκότων, decía al emperador: «Pericles pudo gloriarse ante los atenienses de haber puesto término á sus enemistades: pero tú sufriste una injuria mucho mayor y te mostraste más clemente que aquel demagogo. Alcanzaste una doble victoria, no solo humillando á tus enemigos, sino haciéndote superior á los que combatieron contigo, porque avasallaste la cólera excitada en ellos por la sedición. Tu valor dominó la fuerza de los primeros: tu dulzura calmó las pasiones de los otros. Comprendiste que una enfermedad interior no debe curarse como una guerra exterior, etc.» Libanio dice también que Valente perdonó á los amigos de Procopio, y no manifestó resentimiento contra la ciudad de Constantinopla, que durante los doscientos cuarenta días de la usurpación, le había ultrajado con varios libelos y decretos.

espionaron en el patíbulo un delito frecuentemente imaginario. En Roma principalmente y en Antioquia, se multiplicaron estos procesos de tal manera, que los soldados encargados de la policía de las cárceles, declararon que no podían atender á la custodia de tanta muchedumbre.

Maximino, prefecto de subsistencias en Roma, había sabido de labios de su padre, habilísimo adivino, que ascendería á las primeras dignidades, desde donde pasaría al suplicio. Sin temer la segunda parte de la predicción se consagró á realizar la primera, persiguiendo precisamente á aquellos que como él creían en vanas quimeras; y muchos personajes que tenían el título de ilustres, fueron por él enviados á la muerte, después de haberlos puestos ilegalmente en el tormento. Valentiniano, á instancias del Senado, mandó poner coto á aquella carnicería. A pesar de todo, Maximino obtuvo su valimiento, y llamado á la prefectura de las Galias, permaneció allí hasta que Graciano le condenó á muerte en el año 376.

No bien se encumbrara al trono Valentiniano, había dado una prueba de firmeza declarando á los soldados que si habían podido un momento antes dejarle en su obscuridad nativa, ya le pertenecía exigir de ellos obediencia. El valor con que defendió el imperio es suficiente para hacer que se le perdone la presunción que le inducía á menospreciar el parecer de sus oficiales en los asuntos de guerra; y la ciega confianza que puso en malos ministros por su falta de instrucción. *Matadle*, era su modo de fallar habitualmente respecto de las acusaciones, no precisamente cuando se trataba de su seguridad propia, sino porque se le había dicho que un príncipe debe ejercer justicia; y cuantas más condenas pronunciaba, más personas tenía que le prodigarán encomios. Un prefecto deseaba pasar á otra residencia, y volviéndose el emperador á uno de sus ministros, le dijo: *Vé, conde, y haz que cambie de cabeza el que quiere cambiar de provincia*. Un criado suelta demasiado de prisa á un perro, un obrero hace una excelente coraza que no tiene completo el peso convenido, y ambos son condenados á muerte. Didoro entabla un proceso contra un conde que se dirigía á la corte, y Valentiniano le manda matar junto con los empleados que de oficio le habían obedecido. Irritado por los desórdenes causados en virtud del exceso de los impuestos, manda que le lleven las cabezas de tres decuriones elegidos en cada una de las ciudades de una provincia. Ahora bien, Florencio le escribe: *Plegue á vuestra clemencia resolver que debe hacerse allí donde no existan tres decuriones*, y es revocado el precepto insensato. Se complacía además en el espectáculo de las torturas y de las ejecuciones; el más seguro medio de ser bien llegado cerca de su trono era mostrarse implacable, y cabalmente por haber diezmado las familias de Roma confirió á Maximino, como hemos dicho, la prefectura de las Galias. Había dado los nombres de Inocencia y de Mica Aurea á dos osos, que tenía

siempre cerca de su estancia, dándoles por sí mismo el alimento y jugando con ellos. Entregábalos malhechores para que los hicieran pedazos, y cuando le pareció que Inocencia había merecido ser remunerada por sus buenos servicios le restituyó la libertad de las selvas.

Tenta por contraste el irascible Valentiniano al tímido Valente, que, en sus continuos trances, multiplicaba los suplicios, y dejaba á sus favoritos desplegar una tiránica arrogancia y enriquecerse con holgura. Sin embargo, cuando estos dos emperadores hermanos no eran arrastrados por sus diversas pasiones, sabían adoptar prudentes medidas. En su vida privada se condujeron con sencillez suma, no se mostraron ciegos respecto de sus deudos y dotaron al imperio con excelentes leyes. Valentiniano prohibió abandonar á los niños, pagó para cada barrio de Roma un médico encargado de asistir gratuitamente á los pobres; prohibió á los abogados recibir un salario, debiendo ser para ellos sobrado galardón la gloria de defender la inocencia, y puso término á todas las expresiones injuriosas en los alegatos. Los cómicos bautizados en el artículo de la muerte no pudieron ya ser obligados á salir á las tablas, ni las hijas de las actrices á seguir la profesión de su madre. Instituyó en la metrópoli de cada una de las provincias, escuelas para la retórica y para la gramática, tanto latina como griega, y sabemos que la de Constantinopla se componía de treinta profesores, á saber: uno para la filosofía, dos para el derecho, cinco sofistas, diez gramáticos para el griego, otros tantos para el latín, y tres oradores, independientemente de siete anticuarios, como se llamaban entonces los escritores encargados de hacer buenas copias de los autores para las bibliotecas. Debían llevar los estudiantes certificaciones de sus provincias nativas, hacerse inscribir en los registros públicos, y no perder su tiempo en la ociosidad, en los teatros ni en los festines. Creó los defensores de las ciudades, que como abogados de los intereses de éstas, pudieron allegar sus quejas ante los magistrados civiles y hasta el pie del trono (3).

Valente, que había encontrado exhausto el tesoro, aunque se habían duplicado los impuestos desde cuarenta años antes, logró llenarlo, economizando las profusas liberalidades. Valentiniano no tuvo por caso de conciencia tomar de las propiedades de los más ricos y fastuosos, preocupándose menos de la justicia que de las necesidades del Estado.

Cristiano celoso cuando había peligro en serlo, se mostró Valentiniano tolerante respecto de todas las religiones (4). Alejó á una legión de una sina-

(3) Hállanse estas diferentes leyes en el Código Teodosiano.

(4) *Hoc moderamine principatus inclavit, quod inter religionum diversitates medius stetit vel quemquam inquietavit, neque ut hoc coleretur imperavit aut illud, nec interdicitis minacibus subditorum cervicem ad id quod ipse coluit*

goga porque perturbaba allí el culto. Dejó á los paganos practicar sus ritos, con exclusión sin embargo de la magia y de las supersticiones proscritas por el Senado. Otorgó á los pontífices provinciales las inmunidades de que disfrutaban los decuriones, y los honores atribuidos al título de conde (5). Al mismo tiempo permitía que se renovaran los misterios de Eleusis, y se vieron arder las víctimas sobre el ara, recorrer las calles las orgías de Baco, hombres y mujeres vestidos de piel de cabra, desgarrar perros, y entregarse á otras locuras de este culto.

A fin de que no se corrompiera en la prosperidad el clero, Valentiniano dirigió á Dámaso, obispo de Roma, un edicto para impedir á los eclesiásticos y á los monjes frecuentar las casas de las vírgenes y de las viudas, y vedó á los directores espirituales recibir de sus penitentes regalos, mandas ó sucesiones. Parece haber sido luego extensiva esta prohibición á los demás miembros del clero porque muchos abusaban de la confianza de los fieles, y con especialidad de las mujeres, para despojar á los legítimos herederos (6). Hasta hacían el lujo y la ambición que la silla pontifical no fuera codiciada por celo en favor de la salvación de las almas, y que aún se hiciera uso de la fuerza para conquistarla.

Por el contrario, Valente, que se había hecho bautizar por Eudoxio, obispo de Constantinopla, quien profesaba el arrianismo, adoptó esta heregia y persiguió á los ortodoxos. Hasta fué acusado de haber mandado prender fuego á un barco que llevaba ochenta eclesiásticos de Constantinopla, cuando quizá aquel incendio era efecto de la casualidad. San Atanasio hubiera sido de nuevo perseguido si no se hubiera levantado el pueblo en masa para protegerle; pero apenas hubo espirado cargado de años y de méritos (373), cuando cayeron grandes males sobre los ortodoxos en Egipto. Habiendo decretado Valente que todos cuantos habían buscado refugio en el desierto serían arrancados de allí á la fuerza para que escogieran entre renunciar á todos sus bienes temporales ó someterse á todas las cargas de la vida civil, abusaron los ejecutores de sus órdenes hasta el punto de obligar á que se engancharan los monjes más robustos; y tres mil soldados enviados á los desiertos de la Ni-

*inclinabat, sed intemeratas reliquit has partes ut reperit.* Este aserto de Amiano Marcelino (XXX, 9) está confirmado por el Código Teodosiano en que Valentiniano dice: *Testes sunt leges a me in exordio imperii mei data, quibus unicuique, quod animo imbibisset, colendi libera facultas tributa est.* Lib. IX, t. 16, l. 9.

(5) *Cod. Theod.*, XII, 50, l. 75.

(6) *Pudet dicere. Sacerdotes idolorum, mini et aurigae et scorta hereditates capiunt; solis clericis ac monachis hac lege prohibetur. Et non prohibetur a persecutoribus, sed a principibus christianis. Nec de lege queror, sea doleo cur meruerimus hanc legem.* SAN JERÓNIMO.

tria, bajo la dirección de sacerdotes arianos, vertieron la sangre de una multitud de monjes entre los cinco mil que habitaban aquel punto.

El puesto de campeón de la verdad que había dejado vacante San Anastasio, fué ocupado por Basilio, obispo de Cesarea, quien sostuvo con severidad inflexible delante del mismo Valente la verdadera doctrina. Este príncipe, más débil que perverso, no solo le dejó en su sede, sino que asistió á su misa, y dotó el hospital que había fundado este santo, principalmente para los leprosos.

**Invasiones de los bárbaros.**—No faltaron ocasiones á Valentiniano para acreditar su denuedo contra los bárbaros, que parecían haberse concertado para invadir el imperio. Devastaron los austurianos el Africa tripolitana; pero hubo de padecer mucho más á consecuencia de la avidez y codicia de Romano, que enviado para defenderla, llevó su exigencia hasta el punto de no querer emprender su marcha interin no se le suministraran cuatro mil camellos, y permitió que en tanto devastara el enemigo á Olea y á Leptis. Las vejaciones siempre en aumento de los magistrados romanos, impulsaron á la rebeldía á Firmo, príncipe moro poderosísimo, quien al frente de un ejército numeroso, recorrió la provincia de Africa, donde todo lo entró á saco. Teodosio, conde español, padre del que fue emperador luego, le redujo á tal apuro, que se ahorcó después de una tenaz resistencia; pero habiendo hecho presente el vencedor que el medio más seguro de cortar de una vez semejantes levantamientos, era reprimir los excesos de los prefectos, y con especialidad de Romano, cayó en desgracia y fue castigado con la última pena (376).

Teodosio, hijo de este valiente, contuvo en la Bretaña las irrupciones de los pictos, de los escotos y de otras naciones que habitaban el norte de la isla; añadió una provincia á las cuatro que ya poseían los romanos (7), y derrotó al usurpador Valentín, entregándole en manos de los magistrados, sin querer que se le obligara á nombrar á sus cómplices, para no verse en la dura precisión de castigarlos.

Ofendidos los germanos de los regalos poco generosos hechos á los embajadores á quienes habían encargado felicitar á los nuevos emperadores, se arrojaron sobre las Galias, y deshicieron en regular batalla á los romanos, dando muerte á su general Severiano. Pero los bátavos, causa principal de este desastre, lo repararon haciendo gran matanza en el enemigo, que fué posteriormente exterminado del todo junto á Metz por Jovino. Atravesando los sajones los impracticables pantanos que rodean su territorio, penetraron en el del imperio, pero cogidos en medio, fueron rechazados, y á pesar de la prometida seguridad, acometidos y destrozados.

Valentiniano entró en persona en el territorio

(7) *Britannia Prima, Secunda, Maxima Caesariensis, Flavia Caesariensis, y esta última Valentia.*

de los alemanes, á quienes hizo sufrir en el actual Wurtemberg una sangrienta derrota. Largo tiempo permaneció á orillas del Rin para alentar á los soldados á la construcción de los fuertes con que fortificaba aquella línea. Excitados por él ochenta mil borgoñones contra los alemanes, se adelantaron hasta aquel río, enemistados con ellos por la posesión de algunas salinas; pero no viéndose secundados por el emperador, se volvieron otra vez, mandando á los prisioneros que habían cogido (371). Entretanto cayó Teodosio el joven sobre los alemanes, aprisionó á muchos de ellos, y los trasladó á orillas del Pó para formar allí una colonia.

**Muerte de Valentiniano I.**—Puertos que Valentiniano había mandado construir en la Valeria, mas allá del Danubio, en las tierras de los cuados, determinaron á Gabinio, su rey, á presentarse personalmente, solicitando que no se llevara más allá aquella violación del territorio de un pueblo aliado; pero habiendo sido asesinado este príncipe vilmente (372), unidos los cuados á los sármatas, talaron la Iliria y derrotaron á dos legiones romanas. Entretanto pidieron la paz los sármatas, batidos por Teodosio el joven. Valentiniano marchó en persona contra los cuados, devastó su territorio, y los redujo á enviarle embajadores á Guntz en Hungría, para implorar la paz. En el momento en que les respondía con aquella fogosa violencia, á que se abandonaba amenudo, cayó muerto (17 de noviembre de 375), á la edad de cincuenticinco años, después de haber reinado doce.

Valente tenía que combatir contra otros bárbaros en Oriente, donde los isaurios recorrían en numerosas bandas el país saqueándolo. Invadieron la Panfilia y la Cilicia, llevándolo todo á sangre y fuego.

También se agitaban los persas: hasta se proponían apoderarse de la Armenia y de la Iberia que habían quedado indefensas en virtud del convenio celebrado con Joviano. Engañando Sapor II á Arsaces, rey de la primera, le convidó á un banquete é hizo que le quitaran la vida cruelmente; en seguida dió á Cilax y á Artaban el gobierno de esta provincia. De una manera semejante substituyó con Aspacura á Saurómaco, á quien los romanos habían establecido como rey de Iberia. Recurrió la viuda de Arsaces al emperador, quien mandó restituir el trono á Para, hijo del príncipe asesinado, sin declarar á pesar de esto á Sapor la guerra. Pero sabedor de que éste había invadido la Armenia, hizo que se pusiera en marcha un ejército numeroso, por el cual fué dividida la Iberia entre Saurómaco y Aspacura. Derrotado Sapor solicitó una nueva tregua. Entretanto Para, invitado á cenar por el general romano, fué asesinado como el rey de los cuados, en virtud de las órdenes de Valente, quien temía su habilidad como mago, no menos que su ambición desmedida.

A fin de castigar á los godos, que habían auxiliado en su usurpación á Procopio, Valente hizo contra ellos preparativos proporcionados á los re-

ursos de una nación tan formidable, y taló su territorio durante muchos años, hasta que los redujo á pasar el Danubio y á renunciar á sus empresas contra el imperio. Solo dos ciudades junto á este río fueron abiertas á su comercio, cuando antes podían hacerlo libremente en todas, y hubieron de renunciar á las pensiones anuales que recibían de los emperadores, excepto á la que se había estipulado en favor de Atanarico, su monarca.

**Invasión de los hunos.**—Poco tiempo después se hallaron empujados los godos hacia el territorio romano, no ya por anhelo de conquistas, sino por extranjero impulso. Habíanse lanzado los hunos, raza feroz, de que habremos de ocuparnos en breve, desde los alrededores del Palus Meótides, sobre los alanos, establecidos á orillas del Tanais, y los habían arrastrado en pos de sí contra los ostrogodos. Tanto espanto infundían, que se les denominaba hijos del demonio. Se aprestaba á resistirles el gran Hermanrico, que había avasallado á todas las poblaciones errantes en sus fronteras, desde el Báltico al Danubio, y desde el Vístula al Borístenes, cuando fue herido (376) por dos príncipes roxolanos, á cuya hermana había descuartizado, para castigar la rebelión de su marido. Dícese que languideciendo, á consecuencia de la herida, se suicidó á fin de no sobrevivir á su propia gloria. Entonces parte de los ostrogodos siguió á las órdenes del Hunnimundo la fortuna de los invasores. Otros quisieron oponerles resistencia al mando de Vitimero; más fueron derrotados, y su rey quedó muerto en el campo. No considerándose bastante fuertes Safraces y Alateo, tutores del rey Viderico, para hacer frente al enemigo, se retiraron con sus guerreros detrás del Borístenes, con la esperanza de incorporarse á los visigodos y de volver á la carga. Pero, ya debilitados éstos por discordias intestinas, habían sido derrotados completamente por los hunos; y abandonado por los suyos su valiente jefe Atanarico, se había retirado á los montes Carpatos, llevando consigo los ritos y los dioses nacionales.

Presentáronse en número de doscientos mil guerreros los demás, que habían sobrevivido, junto al Danubio, y empujados por los enemigos victoriosos, enviaron á Ulfila, su obispo (8), á pedir al emperador tierras en Tracia para establecerse en ellas bajo la promesa de vivir allí tranquilos y de suministrar reclutas al ejército romano. Recibió Valente de sus aduladores la enhorabuena porque iba á adquirir tan inmenso número de súbditos y defensores. Proveyóseles, pues, de víveres y fueron

(8) Amiano dice un sacerdote: Zozomenes, nombra expresamente á Ulfila. Sin embargo, el que tuvo celebridad bajo este nombre, fué obispo, no los visigodos, sino de los pequeños godos, que había algún tiempo, habitaban la Mesia, y eran llamados mesogodos. No eran entonces los visigodos cristianos: cabe, pues, en lo posible que el embajador fuera algún prisionero.

recibidos con sus jefes Ablavivo y Fritigerno más acá del río. De este mismo modo acogió en 1773 la China á ciento cincuenta mil familias calmuças, y mandó esculpir en mármoles en memoria de aquel suceso la inscripción siguiente: *Nuestro gobierno es tan justo, que naciones enteras cruzan la Europa y el Asia, andando miles de leguas para alcanzar vivir bajo nuestras leyes.*

La prudencia inspiró á Valente el mandato de desarmar á aquellos huéspedes peligrosos, y de quitarles sus hijos, que fueron trasladados en calidad de rehenes al corazón del Asia. Pero la medida previsora del emperador no tuvo efecto, á consecuencia de la avaricia ó del libertinaje de sus agentes, que se dejaron ganar con ofertas de esclavos ó rebaños, con la prostitución de las mujeres y de los mancebos; sacrificios menos penosos para aquellos bárbaros que separarse de sus armas, es decir, de lo más querido de que eran poseedores. Hubiera convenido trasladar toda aquella población lejos del Danubio, á fin de que no pudieran dar la mano á sus hermanos, que se habían quedado al otro lado del río; pero especulando el conde Lupicino y duque Máximo con los beneficios que realizarían vendiéndoles granos, les permitieron establecerse en Tracia. Irritados en breve del exorbitante precio de las subsistencias y de su mala calidad, empiezan á agitarse en tumulto: Lupicino les manda entonces alejarse del río, y los hace expulsar de aquellas playas. Sobreviene luego Viterico, rey del corto número de ostrogodos que no habían querido someterse al yugo de los hunos, y pide á su vez cruzar el Danubio. No le detiene la negativa de Valente, atraviesa el río y sigue las huellas de Ablavivo y de Fritigerno hacia Marcianópolis, capital de la Baja Mesia.

Lupicino, que residía en esta ciudad, convida á los dos caudillos á un banquete; pero como había impedido que sus hordas les siguieran en lo interior de los muros, empiezan éstas á amotinarse, á pedir pan con desaforadas voces, y dan muerte á los que intentan rechazarlas. Por vía de represalias ordena Lupicino matar á la escolta de los dos jefes; y los godos, en el colmo del furor, hubieran atacado la ciudad, á no contenerles el peligro á que se hallaban expuestos sus capitanes. Tal era la lealtad que presidía entonces á la política romana. Ahora bien, hasta los bárbaros habían aprendido á ser astutos, y los dos reyes persuadieron á Lupicino que les permitiera presentarse á sus soldados para hacerlos entrar en sus deberes. Hizo la embriaguez que consentiera en ello, pero, apenas se vieron en libertad, aprovecharon aquella coyuntura para devastar el país y batir á las tropas imperiales.

Hacia algún tiempo que otra banda de godos se hallaba estacionada cerca de Adrianópolis, probablemente asalariados para servir en la expedición proyectada contra la Persia. Al principio no habían dado ningún motivo de queja, si bien la orden que recibieron del emperador para dirigirse al Helesponto, y los insultos de que les hicieron blanco

los moradores de aquel territorio, les obligaron á empuñar las armas; habiéndose incorporado á Fritigerno pusieron asedio delante de Adrianópolis y devastaron la Tracia, donde iba aumentándose su número de día en día con los romanos que desertaban de sus banderas ó huían de las pesquias de los exactores.

**Batalla de Sálíce.**—Valente recibió aquellas noticias siniestras en Antioquia, desde donde acechaba los movimientos del rey de Persia; y en su espanto expidió órdenes para celebrar la paz con los persas á toda costa, al mismo tiempo que enviaba contra los godos á los generales Profuturo y Trajano. Hubiera sido mejor encerrarlos en la Tracia y reducirlos por hambre; pero en vez de seguir esta conducta los atacaron cerca de Sálíce (377), en la pequeña Escitia, y fueron vencidos. Acreciéntase la audacia de los otros bárbaros; los halanos y los hunos obligan á los romanos á evacuar la Tracia; por otro lado llegan los táfalos, renombrados por su prodigiosa fuerza y por sus extrañas costumbres, pero corriendo desde Occidente Frigerido les da una batalla cerca de Berea, y hace gran número de prisioneros, á quienes envía á poblar los desiertos alrededores de Módena, Reggio y Parma. Saliendo los godos á principios del año 378 de la Tracia, se arrojaron como un torbellino sobre la Tesalia y la Macedonia, saquearon los arrabales de Constantinopla, y tuvieron bloqueada la ciudad por algún tiempo.

Además, una romana, llamada Mavia, que, esclava en un principio, había llegado á ser esposa y luego viuda de Obedino, príncipe etiope, toma las armas contra los romanos, invade la Palestina y la Fenicia, y se adelanta hasta la frontera de Egipto. Con gran trabajo se liberta de sus soldados el comandante general de las legiones de Oriente; asustado Valente le pide la paz, y ella se la otorga, á condición de que le enviaría un piadoso solitario llamado Moisés, que llegó á ser obispo en el Farán, y propagó allí el Evangelio.

**Muerte de Valente.**—Estas repetidas derrotas, la pérdida de la Armenia, los saqueos de los isaurios, las devastaciones de los godos, eran imputadas al emperador por unos, al pueblo por otros, por muchos á los generales. Vefase en aquello una señal de cólera celeste contra los arrianos ó contra los atanasistas, según la pasión de cada uno. Valente acudió en persona contra los godos, y aspirando á la gloria de un triunfo rechazó las proposiciones de Fritigerno. La batalla que dió al enemigo cerca de Adrianópolis, donde pudo alcanzarle, fue de las más sangrientas, y disputada con todo el valor antiguo; pero sucumbieron los romanos, perdiendo la flor y nata de los generales y al emperador mismo (9 de agosto de 378) (9).

(9) Amiano Marcelino, último súbdito de Roma que haya escrito una historia en latín, la termina de este modo: *Hæc ut miles quondam et græcus, a principatu Cesaris Ner-*

Quedaba su sobrino Graciano, hijo y sucesor de Valentiniano, que se había casado con la nieta de Constantino. Pero á la muerte de Valentiniano, halagados algunos ambiciosos con la idea de gobernar á nombre de un rey niño, habían proclamado á un hijo que tuvo el emperador en Justina, su segunda esposa, y de edad de cuatro años. Hubiera podido comenzar una guerra civil á no admitir la elección el prudente Graciano, aconsejando á la emperatriz viuda que se estableciera en Milán con su hijo, mientras él se encargaba de la difícil tarea de gobernar las Galias.

Encontrábase allí cuando supo la invasión de los godos en el imperio de Oriente y se dispuso á correr á toda prisa en defensa de su tío. No bien se informaron de esto los alemanes, cuando aprovechando el momento oportuno, se precipitaron sobre las Galias. Hubo, pues, de oponerles Graciano sus legiones, que hicieron en Argentaria en frente de colmar tan excelente uso de sus javelinas, que después de haber derrotado con enorme pérdida á los enemigos y de dar muerte á su general, dejaron desembarazada toda la comarca.

Apresurándose entonces á llevar socorro á su

*va exorsus, adusque Valentis interitum, pro virium explicavi mensura, numquam, ut arbitror, sciens silentio ausus corrumpere vel mendacio. Scribant reliqua poliores atate, doctrinisque florentes. Quos id, si libuerit, aggressuros, prouidete linguas ad majores monco stylos.* Tenía en la mente el reinado del gran Teodosio.

tío, le escribió que evitara todo compromiso hasta su llegada, pero Valente no hizo caso de sus consejos, lo cual le costó la vida. Acrecentóse la audacia de los godos, pero cuando dieron asalto á Adrianópolis, que encerraba los tesoros del emperador, fueron repelidos por los restos del ejército, secundados por la desesperación de los habitantes, y por un cuerpo de árabes al servicio de Valente. Entonces cargados de botín se alejaron del Bósforo, y siguiendo la dirección de las montañas, inundaron al país indefenso hasta el mar Adriático, en los confines de Italia.

Habían llegado á la edad viril los mancebos godos, diseminados en calidad de rehenes en las ciudades de Asia, y al saber los triunfos de sus padres, podían intentar auxiliarlos y poner en conflagración el imperio desde el Éufrates hasta el Helesponto. Hallándose vacante el imperio, Julio, comandante en jefe del ejército, convocó el Senado de Constantinopla para buscar un remedio á esta tempestad, el cual para justificar su atrocidad evocó una fórmula de otra época y de que no hacía memoria en ninguna otra circunstancia: decretó que se *proveyera de modo que no experimentara la república ningún perjuicio.* En su consecuencia ordena Julio que todos aquellos jóvenes se reúnan en un día determinado en la capital de su provincia, para recibir allí una gratificación, y en todo el Oriente fueron asesinados en un mismo instante. Con tan sanguinarias vilezas creía el imperio libertarse de sus enemigos.

## CAPÍTULO X

### TEODOSIO

Animados de sentimientos más generosos y deseando sinceramente el bien público, Graciano, soberano del mundo á la edad de diecinueve años, tuvo suficiente virtud para conocer que no podía sostener por sí solo tamaña carga. Tenía delante de sí un millón de godos envanecidos por la mantanza de cuarenta mil guerreros, habiéndoles entregado sus armas y sus caballos una victoria tan insigne, que uno de sus jefes exclamaba: *Por lo que á mí hace estoy cansado de matar, y me extraña mucho que un pueblo que huye delante de nosotros como un rebaño de ovejas, ose todavía disputarnos sus bienes y sus provincias* (1). Detrás de él se agitaban los germanos amenazando las Galias. Mostrándose temibles los persas á una extremidad del mundo romano y los escotos á la otra, habiendo aprendido todos por experiencia que Roma podía ser vencida y que sus emperadores podían ser encadenados ó muertos.

Resolvió, pues, escoger para colega suyo, no á un niño, á quien la casualidad hiciera nacer bajo la púrpura, sino á un hombre de valor igual á la gravedad de las circunstancias, y fijó sus ojos en un desterrado, en un guerrero ofendido, que ni siquiera ambicionaba el trono. Ya hemos hablado muchas veces de Teodosio, conde español, que hizo triunfar las armas de Valentiniano en África y en Bretaña (376), pero á quien la envidia quitó los grados y por último la vida.

Teodosio.—Se había esmerado en dar á su hijo, llamado también Teodosio, una educación liberal, al mismo tiempo que le acostumbraba con su ejemplo á la disciplina militar, y el mancebo tuvo numerosas ocasiones de acreditar su valor contra los

(1) San Juan Crisóstomo, ap. TILLEMONT, *Historia de los emperadores*, V, 152.

más diferentes enemigos. Su denuedo sin igual en las acciones de guerra le valió ser nombrado gobernador de la Mesia, que salvó de los sármatas, pero no le perdonó la envidia de la corte, y cuando su padre fué decapitado en Cartago, se retiró á su patria, donde dividió su tiempo entre sus deberes de ciudadano y la tranquila administración de un vasto dominio que poseía en Cauca, entre Valladolid y Segovia. Era padre de tres hijos, Arcadio, Honorio y Pulqueria. (2)

Allí fue donde el Cincinato de la decrepita Roma oyó llegar hasta su morada (19 de enero de 379) la voz de Graciano, que le llamaba ante todo á combatir en defensa del imperio, y á ser después partícipe del trono. Tenía el emperador bastante fe en Teodosio para temer que la venganza pesara más en su corazón que el bien público. Acababa de cumplir entonces 33 años, y el pueblo, que admiraba su varonil belleza, su ademán magistoso, moderado por la gracia, recordaba agradablemente que su patria era la de Trajano y de Adriano, de quienes se esperaba que siguiera las huellas.

Tocáronle á Teodosio las provincias gobernadas por Valente, y además la Dacia y la Macedonia; Graciano se reservó las Galias, España y Bretaña. La Iliria Occidental (3), la Italia y el África

(2) Véase P. ERASMO MULLER.—*De genio moribus et luxu sæculi theodosiani*. Copenhague, 1798. Obra excelente. STUPFFEN.—*De Teodosii magni in rem christianam meritis*. Lovaina, 1838.

FLECHIER.—*Vida de Teodosio*. Paris, 1679, 2 tomos. DE BROGLIE, *La Iglesia y el Imperio romano en el siglo IV*.

(3) Desde este momento fue dividida la Iliria en Oriental y Occidental: comprendía la primera la Macedonia, el Epiro, la Tesalia, la Acaya, la Creta y las islas, la Mesia

inferior, la Dardania y la Dacia, más acá del Danubio. La Iliria Occidental se componía de la Mesia superior, de la Savia, de las dos Panonias y de las dos Nóricas.

quedaron en el nombre bajo la autoridad de Valentiniano II. El desaliento en que la derrota de Adrianópolis había sumido á los romanos, era mayor que el estrago efectivo, y hacia considerar como irremisiblemente perdido un imperio cuyos abundantes recursos bastaban á reparar más enormes desastres. Mas para no arrostrar un enemigo lleno de orgullosa confianza con tropas desalentadas, Teodosio estableció sus cuarteles en Tesalónica, desde donde podía observar los movimientos de los bárbaros y dirigir á sus lugartenientes. Hizo reforzar las guarniciones, y aumentar los medios de defensa de las ciudades, restableció el orden y la disciplina, y reanimó el valor con ayuda de pequeñas escaramuzas que no tenían otro objeto que aguerrir á los soldados, poniéndoles de manifiesto que los bárbaros no eran invencibles.

Teodosio había comprendido como hombre prudente que un pueblo entero no podía permanecer en cuerpo de ejército por largo tiempo. Con efecto, á la muerte de Fritigerno, se diseminaron los godos por bandas, que recorriendo el país en todas direcciones destruían á su tránsito lo que no podían llevar consigo, y preparaban con aquellos momentáneos triunfos su futura ruina. En breve se suscitó entre ellos la discordia, prestándose poco los intereses particulares de cada una de sus tribus al pensamiento único de la conquista. Modar, príncipe de la raza de los Amalos, se pasó á los romanos, y habiendo obtenido un mando de importancia, atacó de improviso á sus compatriotas, los hizo pedazos y volvió al campamento con un inmenso botín y cuatro mil carros. Entonces los restos del ejército de Fritigerno se reunieron voluntariamente á los compañeros de Atanarico, que espectador hasta aquel momento de la lucha, salía entonces de su retiro. Pero en vez de guiar á los godos á nuevos combates, prestó oídos á las proposiciones de Teodosio, que habiéndole salido al encuentro á distancia de muchas millas, le llevó á Constantinopla, donde le trató con amistosa magnificencia. Asunto de tristes reflexiones hubo de ser para los admiradores del antiguo tiempo ver la majestad del imperio envilecerse hasta el punto de hacer la corte á un bárbaro. El rey godo, para quien Constantinopla era objeto de admiración continua, exclamaba que el emperador de los romanos era un dios sobre la tierra, y que levantar la mano en contra suya era hacerse culpable hasta el punto de merecer la muerte (4).

Murió dentro de los muros de aquella capital, y mandándole hacer Teodosio magníficas exequias, se grangeó el afecto de los godos, de manera que se alistaron á porfía bajo sus banderas. A ejemplo

(4) JORNANDES, cap. 28.

suyo todos los jefes de bandas se apresuraron á obtener su tratado particular, hasta el extremo de que aquellos que amenazaban el imperio cuatro años antes, le prestaron entonces auxilio con sus armas.

Acosados también los ostrogodos por el deseo de buscar nuevas aventuras, habían abandonado las provincias del Danubio: retrocediendo luego se preparaban á pasar el río, cuando el general romano hizo que les insinuaran hombres traidores que atacaran el campamento por sorpresa. En medio de la obscuridad de la noche se metieron todos en barcas hechas de un sólo tronco de árbol (5), y se adelantaron hacia la orilla; pero cuando se acercaron á ella chocaron en una triple hilera de buques encadenados que rompieron su línea, mientras que cayendo galeras empujadas por la corriente y á fuerza de remo sobre aquella flotilla, la echaron á pique con el rey que la mandaba.

Imploraron gracia los vecinos, y así fue como Teodosio, no teniendo ya que temer nada de aquella gran nación dominada en todos los puntos, la distribuyó por numerosas colonias en la Tracia, en la Frigia, en la Lidia y en otras comarcas fértiles, hoy día desiertas, eximiéndoles de impuestos y suministrándoles bestias y granos. Reunidos allí en aldeas conservaron los godos su idioma, sus usos y su tosca libertad, reconociendo la supremacía del emperador, pero no quisieron aceptar las leyes ni la jurisdicción de los magistrados del imperio. Ya no tuvieron más reyes, y mandaron tanto en paz como en guerra los jefes de las tribus y los de las familias. El contingente que suministraban al ejército para servir á las órdenes de generales escogidos por el emperador, era de cuarenta mil auxiliares, bajo el nombre de federados, distinguidos por collarines de oro, y disfrutando de un pingüe salario y de grandes privilegios.

Divulgóse entre ellos la civilización en sus nuevas habitaciones con el cristianismo: se dedicaron á la agricultura, y el capadocio Ulfila, su obispo, acomodó el alfabeto griego á su idioma, al cual tradujo los Evangelios; pero comunicó á su nación el arrianismo.

Amaban los godos á Teodosio, como si su conducta fuera hija del afecto que les profesara (6). Afligíanse en su consecuencia los romanos, y sin embargo se resignaban pensando en los estragos de la guerra, en la imposibilidad de desembarazarse de otro modo de aquellas formidables tribus: por otra parte esperaban que la civilización y las ideas religiosas suavizaran aquellos ánimos indó-

(5) Μονόζουλα ZOSIMO, IL IV; y CLAUDIANO, in IV, cons. Honorii, 623.

*Ausi Danubium quondam tranare Gruthungi  
In lintres fregere nemus; ter mille ruebant  
Per fluvium plena cuneis immanibus alni.*

(6) *Amator pacis generisque Gothorum*. JORNANDES, cap. 29.